

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Cada vez que las encuestas de opinión revelan el declive del apoyo ciudadano a la operación militar en Afganistán, el gobierno norteamericano reacciona atemorizando más a su propia población. Primero con el ántrax, después con un posible ataque nuclear, luego con una semana de alerta roja sobre los puentes de California. El primer ministro británico, más comedido, intenta justificar la continuación de los ataques pidiendo al mundo que no olvide la barbarie del 11 de septiembre, porque “aquella carnicería no es menos monstruosa hoy de lo que lo fue entonces”. El señor Blair tiene razón, pero omite que el apoyo a los bombardeos no desciende porque la población olvide, sino porque ésta comienza a tomar conciencia de la injusticia que se está cometiendo con el pueblo afgano y sospecha que la estrategia adoptada no funciona.

De hecho, el problema no es que la estrategia falle, lo preocupante de verdad es que parece no haber estrategia. Después de un mes de guerra, en vez de “Libertad duradera” vivimos en “Confusión permanente”.

El fracaso de los misiles inteligentes que, quirúrgicamente, matan civiles, destruyen hospitales, almacenes de ayuda humanitaria, mezquitas, casas particulares y bases militares vacías ha dado paso a bombardeos de saturación indiscriminados al más puro estilo segunda guerra mundial. Naciones Unidas gasta millones de dólares en desminar Afganistán y EEUU lo remina con bombas de racimo. Acciones, todas ellas, que violan el más elemental derecho internacional humanitario.

El fiasco de las operaciones terrestres y los chapuceros intentos de formar un gobierno de transición representativo se han convertido en desesperado apoyo político, militar y financiero a la Alianza de Norte, un grupo de señores de la guerra con uno de los peores expedientes del mundo en violación de derechos humanos. Fueron ellos los que entre 1992 y 1996 arrasaron Kabul, convirtieron los cines en mezquitas, cerraron las escuelas femeninas, violaron mujeres, mataron a más de 20.000 personas y provocaron el desplazamiento de otras 200.000. Los mismos paquistaníes que Washington llama aliados son considerados terroristas por India. A este paso, EEUU tendrá que desconfiar más de sus amigos que de sus enemigos.

Apenas se habla ya del lanzamiento de ayuda humanitaria, otro de los pilares estratégicos cuando comenzó la operación militar. Ahora se habla de corredores humanitarios y de parar los bombardeos para que las agencias de ayuda socorran a los heridos. Nueva manipulación que niega el derecho de acceso independiente a las víctimas civiles y persigue convertir a las organizaciones humanitarias en servicio post-venta de la industria militar. Ellos matan primero y nosotros curamos después para que puedan seguir matando. Mientras tanto, la Cruz Roja americana recauda 100.000 millones de pesetas para las familias de los 4000 desaparecidos en los atentados y Pakistán vende 1 millón de refugiados afganos a 100 dólares por persona y mes.

Lo que comenzó como una guerra en apariencia milimetrada y restringida va camino de convertirse en una lucha sin cuartel y sin control. Pero lo que está ocurriendo no es ninguna novedad porque esta no es una guerra diferente, es una guerra más. Todas estas incoherencias, manipulaciones y mentiras ya las hemos vivido antes en muchas otras ocasiones. Lo más fácil es seguir bombardeando a la población afgana porque lo más difícil es salir de Afganistán sin haber conseguido nada.

Jordi Raich
Analista de Médicos Sin Fronteras
6 Noviembre 2001